

Jauyó 10 de abril - 85

"Anteriormente" era un adverbio con frecuencia usado por mi abuela para hablar de "sus tiempos". Miembro de una familia a la que la Revolución empobreció, medio siglo más tarde ella seguía añorando lo que pasaba "anteriormente", es decir en el *ancient regime*. Nos asombraba, a sus nietos, sobre todo con referencia a los precios. Con unos pocos centavos podía comprarse manta y guaraches, maíz y piloncillo, café y aguardiente de caña. No recapacitábamos, entonces, en que todo en aquella economía era pequeño, que lo eran en consecuencia los salarios; y en que había transcurrido media centuria desde el tiempo en que tenían lugar los hechos relatados y la hora de narrarlos.

Hoy, la aceleración de la historia nos atropella. En sólo diez años la economía se ha inflado al punto de que recordar los precios vigentes en abril de 1973 produce una sensación mezclada de frustración y melancolía. Para referirnos sólo a los productos cuya alza se anunció durante la semana de Pascua, recordemos que la leche pasteurizada preferente envasada en cartón que desde el miércoles cuesta treinta pesos el litro, costaba hace diez años casi diez veces menos, es decir tres pesos veinte centavos; y que la gasolina que ahora cuesta 24 pesos se expendía en la misma fecha a sólo ochenta centavos el litro, de suerte que el precio de este combustible ha crecido en ese lapso exactamente treinta veces.

## Lo peor, la falta de respuestas

Miguel Angel Granados Chapa

El salario mínimo ha crecido también, sin embargo. Era de 38.35 en aquel entonces, en el Distrito Federal, y asciende hoy a 455. Es decir, es mayor unas doce veces, nominalmente, el de hoy que el de 1973. Por lo tanto, con el salario mínimo vigente hoy es posible comprar poco más de quince litros de leche mientras que sólo eran doce hace diez años. En cambio, si entonces el salario mínimo alcanzaba para adquirir casi 49 litros de gasolina, hoy sólo se puede comprar casi diecinueve... en caso de que los asalariados de mínimo pudieran disponer de automóvil propio, menos asequible que nunca: un compacto, el más barato del mercado, costaba en 1973 menos de veinticinco mil pesos, y hoy se acerca al medio millón.

Si bien lo que ocurre con la leche es engañoso, porque el poder adquisitivo se ha visto mermado por alzas más contundentes en otros bienes de uso y consumo indispensable, hay que tomar su caso para comprender la dimensión psicológica de la crisis. También es debido considerar que aun cuando se incumple

la obligación de pagar el salario mínimo, es conjeturable que el grado de acatamiento a la norma sea mayor hoy que en 1973, no sólo porque se intensifican las medidas de inspección administrativolaboral, sino porque notoriamente ha crecido, al menos en tal punto, el grado de conciencia de los trabajadores y su capacidad para hacerse oír y reclamar su derecho. En consecuencia, puede pensarse que más personas, proporcionalmente lo cobran hoy que hace diez años y que por lo menos leche están en situación de comprar en mayor cantidad que entonces.

Ha cundido, sin embargo, la sensación generalizada de que estamos peor que antes, y sin duda así es teniendo en cuenta todos los indicadores. Lo peor, sin embargo, es el agobio que disminuye los ánimos, o los enerva hasta llegar a la irritación pero de allí no pasa. Cuando se medita en que países de menor desarrollo relativo que el nuestro, como Ecuador, paciente de una crisis análoga a la nuestra, ha generado reacciones en los partidos y en el movimiento obrero capaces de pa-

rar la economía por varios días como protesta por la política económica, conturba el que la crisis haya acentuado aquí los factores de desmovilización, y generado una especie de pasmo, al concluir el cual todo parece natural.

En diciembre último, el peso se devaluó ciento por ciento y el precio de la gasolina se duplicó, sin que hubiese ningún movimiento social y político real al menos en protesta por ello. Hoy mismo, la homeopática política económica del régimen: la inflación se cura con inflación (al grado de que su tasa en 1983 amenaza ser igual que la brutalmente alta del año pasado) no encuentra respuestas alternativas, bien porque se tiene lucidez para plantearla pero se carece de fuerza política para instrumentarla, bien porque ocurre la situación contraria. El Congreso del Trabajo y la CTM se han quedado varados en el más insulso verbalismo, tanto más radical cuanto más inefectivo, y los frentes que la izquierda imaginó para al menos discutir la crisis se transformaron en foros para la caracterización del Estado y otros menesteres, lo cual siempre ayuda pero incide poco, en lo inmediato, en la formulación de proposiciones viables.

Campea en el gobierno un optimismo exagerado, que, si no es táctica, para no hacer extensible la desconfianza respecto de la calidad de la dirección, revela entonces un alucinamiento irresponsable. La economía va mal. Pero van peor la conducción social y la política.